

ILL BILL & NECRO

FARRAGUT, 1989

Necro y Bill observan a los tipos desde la ventana de la habitación que comparten. Ven las maniobras del centinela que hay en la otra punta del bloque de viviendas, un chaval de catorce años vestido con ropa de Karl Kani o de Maurice Malone, calzado con zapatillas Jordan (que cuestan lo que un mes de alquiler) y que compra los pañales de su hijo con cupones de la Seguridad Social cuando termina su jornada. Observan sobre todo la actividad de los *small timers*, pequeños camellos que venden en mano dosis de cinco dólares. Clientes no faltan en plena moda del crack o piedra, que es la droga del pobre, producto de un error de laboratorio. Unos dominicanos que preparaban cocaína en un laboratorio de Washington Heights veían los residuos en forma de pequeños cristales que se formaban en la mesa de trabajo y al principio los tiraban: creían que no valían. Un día uno de ellos probó a fumarse aquellas piedrecitas en una pipa de maría. Y fue el Big Bang, el nacimiento del universo, el mar que se separa, la zarza ardiente, la fisión del átomo, el esprín de Jesse Owens de 1936 y el de Carl Lewis de 1984 juntos, la droga del capitalismo americano por excelencia. Costaba un poco más que una hamburguesa doble con queso (cinco dólares) y era perfecta para satisfacer la demanda

de droga de la plebe, que cada vez crecía más. Pero no creamos que el mercado se reguló por sí solo. Miles de soldaditos empezaron a vender piedra en todos los guetos del país. Nadie escapaba al crack, ni siquiera Dios. Unos pastores de Harlem asesinaron a sus hijos convencidos de que aquella carne de su carne, aquellas entrañas benditas, se pudrían al contacto con la droga del diablo. Con la misma violencia habían rechazado el jazz y el soul. Marvin Gaye fue el primero de una larga lista de drogatas muertos a tiros por unos pastores que en una mano blandían una biblia y en la otra una pistola de calibre 38. Las calles se convirtieron en un verdadero campo de batalla.

Bill acerca un bafle a la ventana de la habitación y el equipo estéreo lanza un estribillo potente y alucinado de Slayer, perteneciente al segundo álbum de la banda, *Hell Awaits*, el infierno espera. En el libro *Legends of Rock Guitar* de Pete Brown y H.P. Newquist se dice que este álbum «explora psicóticamente las profundidades del satanismo y de la tortura psíquica». Escuchando a Slayer, Necro decide formar su primer grupo, Injustice, con dos chavales de Church Avenue, Brooklyn; un grupo elemental de heavy metal como hay cientos en Nueva York. La música no es más que un pretexto para desahogar psicosis saturadas de adolescentes blancos en amplificadores destartalados. Necro toca la guitarra y el bajo. Después del sabbat, cuando pueden encenderse la radio y las luces, él martiriza el micrófono y el batería y el guitarrista echan los bofes con canciones ya bastante patológicas para lo jóvenes que son. A Bill le han contagiado el virus del hip-hop sus *homeboys* negros y latinos, que lo han introducido en las *block parties*.*

* Literalmente, ‘fiestas de barrio’ en que se instala en la calle un equipo de sonido que se enchufa ilegalmente a la corriente de algún bloque de viviendas sociales. De carácter fraternal a finales de los años setenta, a finales de los ochenta estas fiestas solían acabar a tiros. A los buenos pinchadiscos los animaban a veces disparando al aire, a la moda jamaicana. (*Todas las notas son del autor.*)

El sonido de Slayer barre casi el banco en el que se colocan los *clockers*, los camellos que trabajan con horario, lo que hace reír a Lil Monster, un pequeño gánster de Farragut.

—¡Joder, qué pirados están estos judíos!

Y da un trago de Alizé, una bebida alcohólica cargada de glucosa que sabe a frutas. Cosa más empalagosa no se ha visto, a excepción de los discos de Céline Dion. Llega Grim Reaper. Todos los del barrio lo llaman Grim. También se hace llamar la Parca, aunque no se haya cargado a nadie. Grim se pasea por entre los bancos y es la perfecta caricatura del traficante que aspira a ser gánster y aún no se ha recuperado de *El precio del poder*. Le dice a todo el que quiere oírlo que tiene un primo Decepticon.

—No nos taladres con esa mierda, Necro...

Necro y Bill rien. Necro sube un poco más el volumen.

The Reaper guard's the darkened gates

That Satan calls his home

Demons feed the furnace where

The Dead are free to roam

Tom Araya tiene una voz siniestra y un bajo luciferino, Jeff Hanneman y Kerry King custodian las puertas del infierno del heavy metal a guitarrazos, y Dave Lombardo aporrea a las almas que andan perdidas por las piezas de su batería.

—¡Apaga ese ruido! —sigue voceando Grim.

Además de ese ruido, otros dos enormes radiocasetes puestos en un banco lanzan sonidos de bajo hidráulicos y acribillan los bloques de viviendas sociales con las palabras drogadas de un golfo de Filadelfia, Schoolly D,* que ha sacado un disco,

* Schoolly D nació en 1962 en Filadelfia, Pensilvania. Es el primer rapero gangsta estadounidense y ha influido en artistas tan diferentes como Ice-T y Abel Ferrara, quien usó la música de este rapero en dos de sus películas de culto, *Teniente corrupto* y *El rey de Nueva York*.

Saturday Night!, tan balístico que la policía de Filadelfia lo escucha una y otra vez para saber qué relación hay entre un cadáver y una pistola.

—¡Como suba te muelo a patadas! —amenaza Grim.

—Si quieres bajo yo y terminamos antes —contesta Necro.

Grim ha encontrado un público en esas primeras horas neblinosas de una tarde más bien suave para ser de fines del mes de octubre. Los bancos son como una hilera de butacas y los camellos y los curiosos son un público desganado que se aburre de lo lindo esperando la próxima sesión. Grim lanza algunas rimas e insultos al son de la música de Schoolly D; Necro baja el volumen del estéreo y Lil Monster hace lo mismo con el de los dos radiocasetes. Los camellos animan a Grim hasta que este, sacando pecho y haciendo brillar una muela de plata, dice algo sobre que Necro se tiró a su nena en «los váteres de la sinagoga». A Necro empieza a hervirle la sangre. Bill intenta detenerlo. El primer error que comete Grim es no haberse traído la guadaña. El segundo, dejarse llevar por su *flow* y olvidar su juego de piernas y sobre todo su *crouch*. Separa tanto los brazos del cuerpo que parece que vaya a echar a volar sobre el barrio de Farragut. Deja muy al descubierto la cara y no tiene nada de Mohamed Ali. Necro, que a veces se ejercita con su hermano en el salón, lanza un directo que hace a Grim morder el asfalto. El coro de los camellos lanza un «¡Oooh!» y Lil Monster se olvida incluso de una puertorriqueña menuda con un culo de aúpa que pasa por allí y se concentra en el combate. Grim se levanta y balbucea:

—Vale, vale, así cualquiera, traidor.

Y se abalanza sobre Necro. Necro lo esquiva y le propina un gancho en el hígado. Bill le da consejos como si fuera un entrenador que observara el combate desde detrás de las cuerdas. Otro gancho en el hígado derriba a Grim. Para impresionar a la peña, Grim saca una pequeña automática, se la enseña a los

camellos y encañona a Necro. Lil Monster salta del banco en el que está sentado, da unos pasos rápidos, blande una 9 milímetros y le suelta con ella a Grim en la cabeza. Grim se desploma.

—Aquí se respetan las reglas, tíos.

La madre de los hermanos grita desde el segundo piso. Necro hace como que no la oye, pero Bill se lo lleva para casa.

—Le has dado una buena tunda, pero habrá que andarse con cuidado unos días.

Hace calor en el barrio. Ni Bill ni su hermano Necro tienen la edad legal para comprar cerveza en el dominicano de la esquina, pero ya saben desmontar el cargador de una escopeta Mossberg. Farragut no es el peor lugar de Nueva York en 1989, pero poco le falta. Necro tiene trece tacos y su hermano mayor ha cumplido diecisiete interminables y furiosos inviernos en aquel barrio pobre de Brooklyn. Es casi la guerra de Vietnam. De hecho, la gente llama al *borough* —distrito— Brooknam. Una banda criminal, los Hammer, alias los Decepticons, alias los Decepts, aterrorizan las calles de Brooklyn. La banda ha sacado su nombre del tebeo japonés *Transformers*; en el gueto no hay robots híbridos, pero sí tipos viciosos especializados en atracos: joyas, dinero, armas, todo vale. Es la bolsa o la vida.

La banda la formaron en 1985 unos delincuentes de un instituto de formación profesional, el Brooklyn Technical High School. Son unos sesenta golfos como mucho y ya son legendarios en Nueva York: el fiscal los acusa de cuarenta y tres robos a mano armada, pero los Decepts han atracado a cientos de personas. Tienen a los habitantes de Brooklyn en un puño y los alumnos del colegio de Necro reivindican su pertenencia a la banda. Un día se encuentra en un pasillo con cinco Decepts que le buscan las cosquillas. Debe mostrarse discreto para que no le partan la cara y sobre todo no llevar encima nada que los

Decepts quieran arrebatarle, como una gruesa cadena de oro, una *Jesus piece*, que cuesta cinco mil dólares en la joyería de Jacob y es la cadena que cualquier camello que se precie debe ostentar. Necro es el único blanco del colegio, y judío para colmo. Bill se sienta ya en las sillas pintarrajeadas y cojas del instituto. Los hermanos solo pueden echarse una mano en la calle. En clase son objetivos aislados.

Bill golpea sacos de arena en un viejo gimnasio que regenta un exboxeador judío que escapó de un gulag siberiano. Necro se pasea con un puñal de la Marina, estilo Navy Seals, al que en la calle llaman *Rambo knife*. Un día lo pillan con él en el colegio al pasar por el detector de metales. Tiene suerte: a los pocos segundos pillan a dos Decepts con unas 9 milímetros escondidas en mochilas JanSort. El guardia jurado lo amonesta y deja que se vaya sin mandarlo al director. De todas maneras, los detectores suenan todo el día: Glock, Mossberg, Beretta, Ruger, Luger, Saturday Night Special (una pistola pequeña calibre 22 que hace estragos los fines de semana), Baby 9 (una de 9 milímetros muy ligera, que puede meterse en la cartera del colegio con el almuerzo) y un montón de cuchillos de cocina, navajas, puñales de caza... «No pasaba día sin que me peleara con un afro —recuerda Necro—. Incluso cuando bajaba a la tienda a comprar leche se metía alguno conmigo. Todos los días me ponían a prueba. Y yo me peleaba, me defendía, a puñetazos, a machetazos, con un *gun*. Yo era el malo de película. De veras, me peleaba todos los días. Y empezaba a írseme la bola. A los nueve años ya pensaba en matar. Mi padre era un *thug*, un matón que se había entrenado en Israel. Los Decepticons venían a nuestro bloque y nos pillaban por sorpresas. Los *kids* formábamos bandas para sobrevivir. Yo he golpeado y robado a tanta peña que mi karma está pringado para siempre, tío.»

Necro y Bill se enfrentan a los Decepticons que vienen a atacar a los del barrio. Algunas tardes de invierno dan una vuelta

por los bloques de viviendas y juegan al fútbol en el asfalto glacial. Una tarde hacen un pacto: no se dejarán pisotear. «La peña se parte la cara por ese pacto. No teníamos nada que perder. Estábamos dispuestos a llegar hasta el final, o sea, a matar. Los del barrio vieron algo demoniaco en nosotros y enseguida tapamos bocas. No puedes entender la mentalidad del gueto de los años ochenta si no lo has vivido. Éramos unos salvajes. Cualquier disputa de nada podía degenerar en homicidio.»